

Leer

Antonio Valiente Barderas¹

Resumen

Los cursos de apoyo a la enseñanza o extracurriculares se han puesto de moda debido a las necesidades de homologación. De allí que se haya pensado en un sinnúmero de cursos posibles, desde filosofía, historia, arte, pasando por idiomas y cursos de redacción.

En este artículo mi propuesta es la de sugerir un curso extracurricular que creo indispensable que es el de lectura rápida y comprensión de la lectura.

Los escritores mexicanos trabajamos en condiciones particularmente desventajosas: nuestra industria editorial es raquítica, las ediciones son ridículas por lo que se refiere al número de ejemplares, y aun así penetran muy difícilmente en un público que no lee y no lee porque no se le ha inculcado, en los hogares ni en las escuelas, el amor a la lectura.

Octavio Paz

El mundo actual está lleno de información, entendiéndose ésta, según el diccionario (Patria, 1983), como la comunicación o adquisición de conocimientos que permiten ampliar o precisar los que se poseen sobre una materia determinada. Pero la información en sí no vale nada si no se tiene acceso a ella, por ello debe comunicarse. La información nos llega a través de la televisión, del cine, del periódico, de los libros, en las aulas, en la familia, con los amigos, en la iglesia, etcétera. Esta información es comunicación en potencia si por comunicación entendemos “la expresión de nuestras ideas y la comprensión de las de los demás mediante un código común entre el emisor y el receptor” (Patria, 1983). Es decir, para comunicar tiene que existir un emisor, un mensaje y un receptor; si sólo existe un emisor y un mensaje se tiene información que puede ser muy valiosa, pero que no puede lograr su cometido hasta que no haya un receptor. Un mensaje que no es recibido porque un receptor no está atento o interesado se convierte meramente en ruido.

El mensaje puede transmitirse mediante muchos medios, sean electrónicos, impresos, auditivos, etcétera. Los mensajes puede recibirlos el receptor mediante todos sus sentidos. Sin embargo, la mayor parte de los mensajes llegan a través de los sentidos del oído o de la vista.

En las clases, la información nos llega a través de la palabra, hablada y escrita, mediante la voz y la letra del profesor. La comunicación oral es la más frecuente en las aulas pero fuera de ella los estudiantes reciben la mayor parte de la información a través de la escritura. La comunicación en los materiales escritos es la transmisión de los contenidos por un autor no presencial y la comprensión de los mismos por el lector.

Leer no es otra cosa que conversar, sostener un mudo coloquio con el autor de lo leído; es una especie de conversación con los lejanos o con los difuntos (Rugarcía, 1996).

La mayoría de la información que reciben nuestros estudiantes y profesionales está en forma escrita ya sea en forma de libros, revistas, informes, folletos, en la computadora, a través de la red, en bancos de datos, etcétera. Por ello, tendremos que convenir en que, sin importar lo novedoso o no de los medios, que la información está en forma escrita y que para que podamos decodificarla es necesario saber leer.

Leer, dice el diccionario de la lengua española (Patria, 1983) es “pasar la vista por lo impreso y escrito, haciéndose cargo del valor y significado de los caracteres empleados, pronúnciense o no las palabras representadas por estos caracteres” y agrega: “Entender o interpretar un texto de éste o del otro modo”. Esta definición incluye la parte esencial de la lectura: la comprensión de lo leído: en otras palabras, leer es, en definitiva, captar el significado y el valor de un texto.

Leer—dice Ricardo Garibay (Lemus, 1989)—es pasar los ojos, los oídos, los cinco sentidos y la inteligencia por cosas que han escrito hombres mejores que nosotros; una biblioteca es un espacio mágico, donde los habitantes, que son los libros, son el producto de la inteligencia de la humanidad; y esas obras sólo esperan que nosotros las abramos y comencemos a leerlas. La mejor compañía está en un libro; éste nos ofrece algo que ha hecho un hombre, que ha empleado toda su vivencia, su saber, para entregárnoslo. La investigación es leer, aunque alguien sea biólogo o químico y su principal trabajo esté en el laboratorio, si no está amparado por la lectura de lo que se ha hecho sobre su materia no avanzará. Leer es investigar, es desentrañar los misterios de la realidad cotidiana y dominar esa realidad, es avanzar y evolucionar. El pueblo que no lee, no avanza, no evoluciona”. Las personas analfabetas, las personas que no leen, son hoy todavía más pobres de lo que nunca fueron en el pasado.

Por poner un ejemplo, en los últimos años la mayor parte de los mexicanos ha sido alfabetizada; es decir ha aprendido a leer y escribir, al menos en forma rudimentaria. En la actualidad, sin embargo, unas doce o trece de cada cien

¹ Departamento de Ing. Química, Facultad de Química, Ciudad Universitaria, UNAM, 04510 México DF. Fax: (5) 622 3764
E-mail: avb@servidor.unam.mx

Recibido: 10 de febrero de 2000; **Aceptado:** 8 de mayo de 2000.

personas mayores de ocho años todavía son analfabetas (INEGI). Eso significa que, en principio, hay más de 60 millones de mexicanos capaces de leer y escribir.

La cantidad de lectores potenciales y la generosa oferta editorial del país, haría lógico pensar que el consumo de libros debe ser muy significativo; sin embargo, las estadísticas no lo relevan así, ya que se leen de uno a dos libros por cabeza al año en México, incluyendo los textos obligatorios (CANAEM, 1997, Cappi, 1999).

No obstante esos datos poco alentadores, es posible afirmar que se lee más de lo que aseguran las estadísticas, aunque debemos reconocer que el tipo de lectura que se realiza no es, tal vez, la más adecuada para la formación cultural de las personas, ya que se trata de historietas, fotonovelas y revistas cuyo contenido es, en algunos casos cuestionable.

Los lectores habituales, sin embargo, son pocos, y los lectores de libros son todavía muchos menos. Abundan los que leen diarios, revistas, fotonovelas e historietas; se calcula que unos doce millones de mexicanos suelen comprar esta clase de publicaciones. En cambio, se estima que hay apenas poco más de medio millón de compradores de libros (CANAEM, 1997).

Felipe Garrido (Garrido, 1989), pregunta: ¿Es malo leer fotonovelas o historietas? y responde. “No. Lo malo es que alguien no sea capaz de leer nada que vaya más allá de las fotonovelas e historietas. Que no tenga la costumbre de leer un texto más o menos largo, de páginas completas, en lugar de las frases elementales de los globitos, donde no hay espacio para profundizar en las ideas, en la información ni en la naturaleza de los personajes”.

Saltiel Alatríste, director de la editorial Alfaguara, insiste (Cappi, 1999) en que el mexicano no lee y el mercado de lectores en los últimos diez o 15 años se ha mantenido estable a pesar del crecimiento poblacional, y considera que el lector mexicano tiene un prejuicio: que los libros son caros y piensa que paga más de lo que valen —a pesar de que su precio va de los 30 a los 500 pesos—, porque siempre se los han regalado —vía el libro de texto gratuito—; sin embargo los libros en México son hasta 50% más baratos con respecto a otros países. Siguiendo el concepto editorial “Lea que es muy barato” establecido en países como Italia, Estados Unidos, Inglaterra, España y recientemente en México, el grupo editorial Patria y Alianza Editorial lanzaron al mercado una serie de pequeños libros “destinados al fomento de la cultura”. Lo atractivo de esa nueva línea fueron los tres pesos, que luego se cambiaron a cinco, con los que se podían adquirir esos libros. La idea en sí era buena, pero fracasó, porque el problema real no consiste en el precio, sino en la ausencia de lectores.

Según la ANUIES (ANUIES, 1995) hay más de dos millones de personas en México con estudios universitarios o

normalistas a los que se agregan otros ciento cincuenta mil anualmente. Por mal pagados que estén, pertenecen a la capa superior de la población en términos económicos. Pues bien, esos dos millones de personas superiores en educación e ingresos, no dan mercado más que para dos o tres mil ejemplares por título. Y si esa gente no compra libros —dice Gabriel Zaid (Zaid, 1972) ¿para qué hablar de masa, analfabetismo, poco poder adquisitivo, etcétera? El verdadero problema es que, en nuestro país, el estrato privilegiado que ha hecho estudios superiores no lee. ¿Se presenta un estado de cosas semejantes en otros países latinoamericanos?

¿Por qué no se lee? En la cita de Octavio Paz colocada al inicio de este artículo ya se indican algunas de las razones. Abundando sobre el tema, Armando Rugarcía (Rugarcía, 1996) apunta que algunas de las razones por las que se lee poco son:

- a) Lo que leen los alumnos es inadecuado. Se lee poco porque los alumnos no entienden el significado de las palabras que leen, ni el sentido de lo que leen y no captan las ideas y los sentimientos que el autor expresa. Ahora bien, si el alumno no comprende es porque su cultura es baja. Conoce pocas palabras porque lee poco y no tiene el hábito de leer.
- b) Los alumnos no leen de manera adecuada.

Quien está acostumbrado a leer sólo fotonovelas, historietas y otras publicaciones, “en realidad —afirma Felipe Garrido (Garrido, 1989)— nunca ha aprendido a leer de a de veras. Leer de a de veras —continúa el autor— es una tarea que ocupa toda la vida; siempre es posible ser mejor lector. ¿Qué es leer de a de veras? ¿Quién es un lector auténtico? En primer lugar es alguien que lee por voluntad propia, porque sabe que leyendo puede encontrar respuestas a sus necesidades de información, de capacitación, de formación, y también por el puro gusto, por el puro placer de leer”.

Ahora bien para poder gozar de la lectura hay que saber leer.

Aprender a leer es un proceso complicado. Con nuestro alfabeto y los sistemas comunes de enseñanza, la primera etapa es la del reconocimiento de las letras. Deletrear es conocer cada letra como totalidad aparte; una segunda etapa consiste en la unir las letras por medio de sílabas que imitan los sonidos de la lengua; la tercera etapa permite unir esas sílabas para que formen palabras, y posteriormente, en una oración. En ese momento los alumnos leen en voz alta; es decir, pasan del símbolo escrito al sonido. Aquí la integración es más compleja, ya que el cerebro registra separadamente la memoria auditiva y visual de la palabra.

Históricamente la lectura comenzó como una simple repetición del discurso oral. No se leía para entender, sino para escuchar y así poder entender. Pero el que lee en voz

alta se detiene a tramos, porque necesita escucharse, por que necesita su propia versión oral de lo leído, sin lo cual no puede entender. La humanidad tardó en aprender a leer en silencio, captando directamente el sentido de la palabra escrita, sin pasar al sonido y así les pasa a muchos niños y adultos. El siguiente nivel es, pues, aprender a leer en silencio, sin pronunciar las palabras y sin mover los labios; esto último indica que el lector lee pronunciando las palabras para sí, aunque sea en silencio. El último nivel es ver un libro de golpe, como una totalidad: leemos con los ojos, naturalmente, pero los ojos son sólo una cámara que registre las imágenes para que la mente las convierta en ideas. Es la mente y no los ojos la que conserva lo que uno lee. Pero como la mente sólo puede percibir las imágenes por los ojos, éstos deben estar adiestrados para registrar esas imágenes verbales con rapidez y precisión (Schaill, 1969).

No hay manera más segura —dice Gabriel Zaid— de hacer un libro completamente ininteligible que leerlo despacio. Es como ver un mural a dos centímetros de distancia y recorrerlo a razón de diez centímetros cuadrados cada tercer día durante un año, como una lagartija miope: así no hay manera de integrar la totalidad, de llegar a ver el mural de golpe. Hay muchos universitarios que se arrastran tortuosamente entre el follaje inacabable de los libros. Y muchos cursos universitarios no son más que la lectura tortuosa de un libro a través de un semestre... “Leer —continúa Gabriel Zaid— no es deletrear, ni arrastrarse sobre la superficie del mural que no deja de ver de golpe la obra. Un libro para saborearlo hay que leerlo de un tirón, de un golpe, con velocidad y voracidad.”

El mal lector mueve los labios, habla en voz alta para que las palabras pasen por el oído y así tengan un significado (The Reading Laboratory, 1997). Ése es un lector de cien o menos palabras por minuto y por ello lee textos cortos, ilustrados si es posible. A partir de las trescientas o más palabras por minuto el lector lee todavía palabra por palabra aunque sin modular sonidos vocales. Se ha descubierto que todavía emite sonidos mentales y no convierte totalmente las frases en imágenes a gran velocidad. A más de trescientas palabras por minuto el lector comienza a leer por frases, por líneas, párrafos y aún por páginas, el texto se desarrolla como una serie de imágenes y discursos continuos parecido a lo que sucede en un cinematógrafo (Lara, 1993).

El cerebro humano capta una gran cantidad de información a gran velocidad; si la lectura es lenta queda espacio para que el cerebro divague y comience a dedicar su atención en otra cosa, cosa que le sucede al mal lector, que con frecuencia se sorprende a sí mismo divagando, y tiene que volver a recomenzar lo leído. La falta de atención se refleja en las llamadas “regresiones”. El lector inseguro vuelve la vista atrás una o dos palabras, una o dos líneas, porque teme

haberse saltado algo. Con los lectores lentos, esta falta es costumbre, y es mortal para la lectura rápida, porque las interrupciones hacen el ritmo más lento (Schaill, 1969).

Desde luego que no se pueden leer todos los textos a la misma velocidad; hay muchos factores que influyen en la comprensión de un texto y son factores lingüísticos, emocionales, afectivos, etcétera, pero el factor más importante es la posesión por parte del lector de los requisitos conceptuales necesarios. Así, por ejemplo, un texto literario es con frecuencia más fácil de leer que uno de matemáticas o de física o de biología; por ello debemos adecuar nuestra velocidad a la dificultad de lo leído.

La enseñanza y el manejo de la lectura en las escuelas y universidades no han perdido importancia, pero se parte del supuesto de que el alumno universitario sabe leer y por ello no es frecuente ver en los programas de estudio sugerencias o referencias respecto a la velocidad o comprensión de lectura.

Sin embargo, la velocidad de lectura y su comprensión van a tener una creciente importancia en la medida en que existe una verdadera explosión de la comunicación escrita. Es posible que el éxito en la continuación de los estudios de nivel postsecundario esté cada vez más estrechamente relacionado con esa habilidad e igual cosa podría decirse con relación a diversas ocupaciones del sector servicios.

Tampoco se examina el grado en que se comprende lo leído. Esto es, quizá, más importante, porque de nada sirve leer velozmente si no se comprende lo leído. Sin embargo, los estudios efectuados sobre comprensión de lo leído indican que ésta aumenta al incrementarse la velocidad de la lectura (Scheiefelbein, 1980; Schaill, 1969).

Por ello los especialistas señalan que las técnicas de lectura rápida permiten incrementar el nivel de comprensión ya que la atención sólo se concentra en los aspectos clave.

El arte de leer —indica Armando Rugarcía (Rugarcía, 1996)— incluye las mismas habilidades de pensamiento que están involucradas en el arte de aprender: la percepción aguda, la imaginación, la memoria funcional, la imaginación y el razonamiento entrenados para entender, analizar y sintetizar. Leer es aprender, leer es pensar, leer es ser.

En un artículo sobre el bajo rendimiento escolar de los estudiantes de química (García, 1996) se encontraba que el 18.9% de los estudiantes examinados leía en voz alta y que el 15.85% de ellos tenía que releer los textos varias veces.

En este trabajo para evaluar la velocidad de lectura y la comprensión de lo leído se hizo una prueba basada en el artículo de Scheiefelbein (Scheiefelbein, 1980) a un grupo de alumnos mexicanos (36) de quinto semestre que cursan la carrera de Ingeniería Química en la Facultad de Química de la UNAM, encontrándose que la velocidad promedio de los

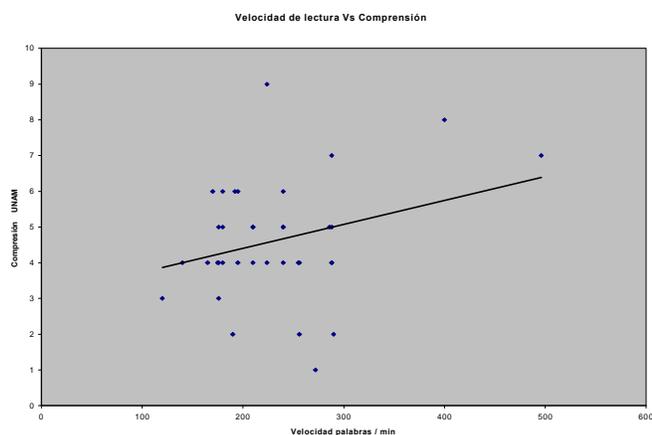


Figura 1. Velocidad contra comprensión en alumnos de ingeniería química, UNAM.

estudiantes es de 255 palabras por minuto y que la comprensión media es de 45.4 por ciento

Se hicieron también unas pruebas semejantes con alumnos de la carrera de alimentos de la Universidad La Salle (29 alumnos) y de la Universidad de Baja California Sur (que no se incluyen en este artículo), encontrándose resultados semejantes (figuras 1 y 2).

El examen aplicado y las preguntas de comprensión se encuentran en el apéndice de este artículo y son copia del aplicado por Scheiefelbein.

Los resultados obtenidos por nuestros estudiantes son semejantes a los que se obtuvieron en el artículo mencionado de Ernesto Scheiefelbein (Scheiefelbein, 1980), pues en él se indica que la comprensión aumenta conforme aumenta la velocidad de lectura. Este resultado que puede parecer contradictorio o chocante es debido a que a mayor rapidez de lectura menos oportunidades tiene el cerebro de divagar, se concentra en lo leído y así aumenta la comprensión.

La cantidad de información escrita que tienen que leer nuestros estudiantes es enorme y más aún la que tienen que leer los profesionales: folletos, cartas, mensajes, libros, páginas de Internet, etcétera. Sin embargo, la mayoría de los estudiantes y profesionales no está capacitada para leer a gran velocidad y sigue leyendo a la misma velocidad que adquirió cuando estaba en la secundaria, entre 200 a 300 palabras por minuto. Un libro de formato común contiene 45 líneas por página, con doce palabras por línea; es decir, un total de 540 palabras por página. Si se trata de un libro de 400 páginas estaremos hablando de 216 000 palabras. Si un lector lee 270 palabras por minuto tardará en leer una página dos minutos y más de trece horas en leer un libro de

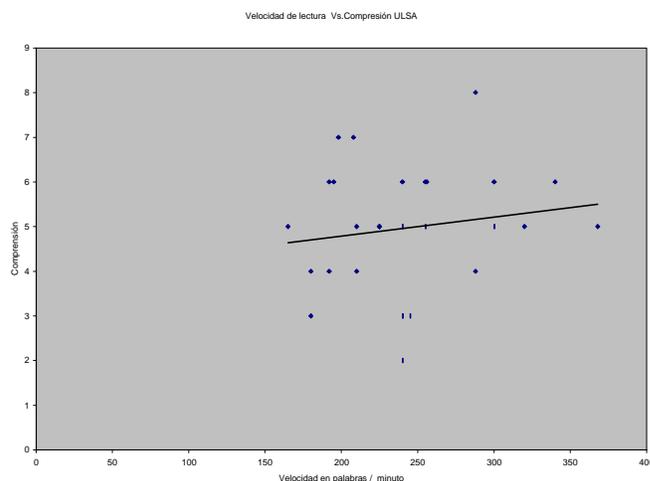


Figura 2. Velocidad contra comprensión en alumnos de química de alimentos, ULSA.

400 páginas. Ahora bien, si sólo comprende 33% de lo leído, requerirá de tres veces ese tiempo.

Es cierto que no todos los materiales se pueden leer a la misma velocidad, y que la comprensión de lo leído va a disminuir en la medida en que el texto sea más complejo, pero aun así el alumno más lento y que tenga menor comprensión de la lectura tardará más que el más rápido y que comprenda mejor.

Conclusiones

De los resultados anteriores queda claro que la velocidad de lectura aumenta la comprensión del texto; que los alumnos tienen una baja velocidad de lectura y que ello les dificulta la adquisición de información vía libros, revistas, artículos, medios electrónicos, etcétera. En muchos países existen centros de estudio que poseen técnicas que mediante cursos sencillos permiten triplicar la velocidad de lectura aumentando al mismo tiempo la comprensión de lo leído. Por ello se recomienda que las universidades incluyan en sus cursos extracurriculares o propedéuticos cursos que mejoren esta habilidad tan importante en nuestro mundo. Se recomienda además que se efectúen pruebas semejantes para evaluar la velocidad de lectura y la comprensión de textos.

Se anexa la prueba efectuada, para que el lector interesado la aplique a sí mismo y si es posible a un grupo de sus propios estudiantes y saque sus conclusiones. Se invita además a los interesados a enviar los resultados de sus pruebas al autor, quien lo agradecerá por estar profundamente interesado en este tema.

Bibliografía

- Actividad editorial CANAIEM, México, 1997.
- ANUIES, *Anuarios estadísticos*, México, 1995 y 1998.
- Cappi, Mario, "Editar libros, un negocio por más de mil millones de dólares", en: *El Financiero*, 17 de enero de 1999, p. 36.
- García, Antonio *et al.*, Diagnóstico de los hábitos de estudio en alumnos de las carreras del área de la química, *Educ. quím.*, 7[3] 132-135 (1996).
- Garrido, Felipe, *Cómo leer mejor en voz alta*, Fundación Mexicana para el Fomento de la Lectura, AC, México, 1989.
- INEGI, *Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica*. Metodología y tabulados, México, 1997. (Población de 15 años y más alfabetada, 89.4%).
- Lara Moreno, J., *Lectura*, Cursos Expertos Lara, México, 1993.
- Lemus Olvera, Rafael, *Autores universitarios. El libro y las vocaciones*, Biblioteca del Editor, UNAM, México, 1989. p. 60.
- Patria, *Gran Diccionario Patria de la Lengua Española*, Editorial Patria, México, 1983.
- Rugarcía, Armando, *¿Por qué no leen los estudiantes?*, UIA, México, 1996.
- Schaill, William, S., *Cómo leer más rápido en 7 días*, Editorial Diana, México, 1969.
- Scheiefelbein, Ernesto, Velocidad de lectura. ¿Falta una tecnología educacional adecuada para América Latina?, *Rev. Tecnología Educativa*, 6[3] 288 (1980).
- The Reading Laboratory, *Lectura super rápida*, Editorial Selector, México, 1997.
- Zaid, Gabriel, *Los demasiados libros*, Editorial Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1972.

Prueba de lectura (Scheiefelbein, 1980)

Atención: No inicie la lectura de esta hoja (más allá de donde termina el triángulo) hasta que se le dé el orden de partida para controlar un minuto de duración. Esta parte sirve de precalentamiento. El Texto que a continuación aparece, donde termina el triángulo, se usará para la prueba de lectura y por ello no se debe iniciar hasta que se le indique. Cuando termine el minuto ponga una marca con el lápiz. Luego, siga leyendo (sin volver a leer lo anterior) termine y empiece la prueba siguiente.

¿LISTO?

LECTURA: La palabra estadística genera reacciones emocionales en aquellas personas que no dominan sus conceptos básicos. Es por ello que en esta lectura se desea que ustedes dominen esos conceptos estadísticos. No se trata de que sean expertos ni de que puedan aplicar fórmulas complejas. Se desea que entiendan las razones que obligan a definir ciertos conceptos estadísticos, básicos, que sepan cómo es posible medirlos en ciertas situaciones simples y cuándo se puede usarlos.

Utilizaremos algunos datos proporcionados por ustedes mismos. Por ejemplo, esta prueba de lectura les permitirá saber cuál es la velocidad con que leen y tener una indicación personal del nivel de comprensión. Sin embargo, no nos interesa saber los resultados individuales sino los de la clase, por ello no hay necesidad de poner el nombre de cada uno. Tenemos dos bolsas de papel donde cada uno pondrá el trozo de papel en donde anote los resultados. Cada uno pondrá adentro sus datos y será imposible, por

lo tanto, saber qué anotó cada uno. Sólo se tendrán los resultados expresados en algunos números. Escribiremos en el pizarrón la forma de "dibujar" los números y rogamos imitarlos para que no se produzcan errores de lectura.

A pesar de estas precauciones cuando cada uno examine las cifras de los papeles podrá comprobar (personalmente) que, en algunos casos, es difícil entenderlos. Ello permitirá comprender la primera fuente de los errores estadísticos: la que surge del "no seguir las instrucciones", así como la segunda fuente de errores: La que proviene de la "transcripción" de los datos.

También algunos experimentarán, personalmente, los errores que se generan por la mala calidad de las instrucciones y por la presión psicológica que a veces generan los instrumentos de medición. Les pediremos más adelante que anoten el grado en que han sufrido dicha presión en esta oportunidad. Es decir, queremos que ustedes aprendan en una forma vivencial dichos conceptos. Se trata de que "aprendan haciendo".

En resumen, hemos tratado de identificar un problema que puede tener cierto interés porque les afecta personalmente. Dicho problema consiste en "apreciar objetivamente el grado de relación que existe entre la velocidad de lectura estimada previamente por ustedes y la que se cuantificará mediante esta prueba". Pediremos otros dos datos adicionales que utilizaremos sólo si nos queda tiempo para hacer análisis complementarios profundos. A partir de este problema procuraremos descubrir ciertos conceptos que nos permiten comunicarnos en forma precisa cuando descubrimos algunas características de las observaciones (datos) o de las relaciones entre ellas.

Esperamos que no se aburran demasiado en esta sesión y que la estadística deje (efectivamente) de tener repercusiones emocionales, es decir, evitar que digan: "yo no puedo manejar números" porque ustedes dominarán los conceptos básicos. FIN DE LA PRUEBA DE VELOCIDAD DE LECTURA. NO VUELVA A LEER EL TEXTO ANTERIOR.

Prueba de comprensión de lectura

A continuación se presenta la prueba de comprensión de lo que leyó. Marque con una cruz el casillero donde aparece la frase que mejor refleja LO LEÍDO EN EL TEXTO ANTERIOR. Marque sólo una respuesta.

Responda de acuerdo a lo que Ud. Leyó No introduzca sus propias opiniones. Coloque su marca inmediatamente después de leída cada pregunta. Marque sólo una de las tres alternativas ofrecidas.

Existe una reacción negativa frente a la estadística y a los números:

- A. () cuando no se ha estudiado estadística.
- B. () cuando no se dominan los conceptos básicos.
- C. () cuando no se ha aplicado la técnica en ocasiones anteriores.

No se colocará el nombre en la hoja de respuestas a fin de:

- A. () evitar que el individualizar los resultados se generen otro tipo de errores.
- B. () evitar un trabajo inútil puesto que se estudia al grupo como tal.
- C. () reducir la presión psicológica sobre la persona que responde.

El primer error que se genera en la producción de estadísticas proviene de:

- A. () la presión psicológica que tiende a alterar la medida.
- B. () la transcripción errónea de los datos originales al tabular.
- C. () no seguir correctamente las instrucciones del cuestionario o prueba.

Los conceptos básicos de la estadística serán captados:

- A. () en forma vivencial, es decir, por experiencia personal.
- B. () a través de los casos que se examinen.
- C. () mediante ejercicios muy simples desarrollados en el pizarrón.

Los números que se presentan como modelo en el pizarrón.

- A. () buscan normalizar la forma de presentación de los datos.
- B. () permiten reducir los errores de lectura de los datos.
- C. () eliminaban las diferencias entre el siete y el uno; un cuatro y el nueve, etcétera.

El nivel de presión que genera la prueba:

- A. () quedó registrado automáticamente al leer.
- B. () fue comprobado por el instructor.
- C. () será anotado más adelante por el propio participante.

El problema que servirá para definir los conceptos estadísticos básicos surge de:

- A. () la necesidad de apreciar en forma objetiva la relación entre dos tipos de datos.
- B. () la impresión de las estimaciones previas de la velocidad de lectura.
- C. () las diferencias entre las apreciaciones previas y la velocidad medida.

Los conceptos estadísticos que examinaremos a continuación:

- A. () permitirán comunicar con precisión ciertas características de los datos.
- B. () Se expresarán frecuentemente en un número o coeficiente.
- C. () Servirán para ilustrar situaciones de aprendizaje en que se aprende haciendo.

FIN DE LA PRUEBA DE COMPRENSIÓN

Resultados

A continuación calcule los porcentajes obtenidos en su prueba. Cunte el número de líneas leídas en el minuto y multiplíquelas por 8.² Coloque el resultado en el casillero siguiente:

Calcule su porcentaje de comprensión. Frente a cada respuesta se ofrecían tres alternativas (A, B, C). Las respuestas correctas corresponde, sucesivamente a:

B, B, C, A, B, C, A, A

Cada una de las respuestas correctas vale un punto. Sume las respuestas correctas y coloque su puntaje en el casillero siguiente:

² **Nota del editor:** El texto original dice: "...multiplíquelas por 15." Aquí se ha ajustado la cifra a 8, que indica el número aproximado de palabras por línea en el formato tipográfico de esta revista.